

1 de octubre de 2023 -- 26º domingo ordinario "A"

Ez 18,25-28; Flp 2,1-11; Mt 21,28-32

HOMILÍA

Para Dios, las personas no se dividen en dos categorías: los buenos y los malos. Para Él, todos son sus hijos; todos son pecadores, en camino, siempre capaces de volver a caer, pero también siempre llamados a una nueva conversión y, por tanto, capaces de una nueva conversión.

En la sociedad en la que vivió Jesús, los "pecadores" no eran simplemente personas que habían cometido alguna falta grave. Constituían una clase social. De hecho, eran marginados. Cualquiera que, por una razón u otra, se hubiera desviado de la ley y las costumbres de la clase media (que estaba formada por los educados y virtuosos, los escribas y fariseos) era tratado como alguien de una clase inferior. Por lo tanto, los pecadores pertenecían a una clase social bien definida, la misma clase a la que también pertenecían los pobres en el sentido más amplio de la palabra.

Esta clase incluía a todos aquellos que tenían una profesión inmoral o impura: prostitutas, recaudadores de impuestos (a sueldo de las autoridades romanas) y usureros. También se incluía a los que no pagaban los diezmos a los sacerdotes, y a cualquiera que fuera negligente con respecto al descanso sabático y a las prescripciones de pureza ritual. Las leyes y costumbres en este ámbito eran tan complejas que los incultos eran incapaces de comprender lo que se esperaba de ellos. Los ignorantes eran inevitablemente anárquicos e inmorales, y los Fariseos los consideraban pecadores.

Es más, era casi imposible salir de una situación así. En teoría, la prostituta podía purificarse, pero mediante un proceso muy elaborado de penitencias, purificaciones y expiaciones. Pero esto costaba mucho dinero y, obviamente, ella no podía utilizar el dinero que ganaba con su profesión para este fin... Del mismo modo, los recaudadores de impuestos debían devolver todo lo que habían cobrado, más una quinta parte, a todas las personas a las que habían defraudado. Las personas incultas tenían que pasar por un largo proceso de instrucción antes de poder ser consideradas "purificadas". En términos prácticos, ser pecador era el destino de ciertas personas. Algunos se consideraban condenados a esta situación de inferioridad por el destino o por Dios. En este sentido, los pecadores eran prisioneros. Se les negaba cualquier forma de responsabilidad en una sociedad muy preocupada por las clases.

¿Qué hizo Jesús? Se mezcló con los pecadores y, al hacerlo, les devolvió su respetabilidad. Intenta mezclarse socialmente con los recaudadores de impuestos y las prostitutas. Come con ellos. Y en cuanto muestran la más mínima apertura sincera de corazón, les dice que sus pecados están perdonados. La palabra griega para "perdonar" significa "dejar", "liberar", "poner en libertad". Perdonar a alguien es liberarlo de la dominación de su vida pasada. Cuando Dios perdona, ignora el pasado de la persona a la que perdona y elimina las consecuencias presentes y futuras de las transgresiones pasadas.

Los gestos de amistad de Jesús hacia estas personas mostraban claramente lo que había en su mente y en su corazón. Ignoró su pasado. Los veía como personas que ya no tenían una deuda con Dios y, por lo tanto, ya no merecían ser rechazados o castigados. Estaban perdonados.

No sólo por las palabras del Evangelio de hoy, sino también por su actitud general, Jesús proclama que cualquiera que diga "no" a Dios puede, con su gracia, transformar ese "no" en un "sí"; y que la persona que dice "sí" por el momento -o que cree que lo está haciendo- no debe jactarse de ello, porque ese "sí" es tanto más frágil cuanto más soberbio se es.

Armand Veilleux